

V

exilio

*Qué hilo tan fino, qué delgado junco
—de acero fiel—nos une y nos separa
con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza*

Pedro Garfias
Entre España y México

Me pregunto si aún en nuestros días existirá un hombre capaz de creer que nuestro mundo es lo suficientemente materno para una huida de vuelta al útero; que a lo largo y ancho de los océanos se esconde una isla fugitiva como el vientre de una madre primigenia. Me da cierto pavor sentirme tan arrinconado, aceptar que el sueño de Robinson Crusoe ya no es posible porque cada uno somos nuestro propio naufragio, nuestra propia isla desierta. Ahora que de nuevo la visión del fin nos cae como una losa, necesito saber que soy capaz de volver sobre los pasos. Aunque sea en la misma neurosis, en la alucinación más agridulce. La enfermedad del progreso ha sepultado los paraísos terrenos. No quiero ser ni un Melville, ni un Rimbaud, ni un Gauguin, ni un D. H. Lawrence, porque no quiero estrellar mi fantasía de bruces contra un suelo de realidad y de granito.

Estos pensamientos me sobrevienen lejos de la arena que me vio nacer, rodeado de unas playas y cercado por una península cuyos hijos me bautizan con el nombre de extranjero. Yo soy víctima del parto prematuro de los barcos e imagino las corazas de acero de sus cascos abrirse como vaginas incipientes, imagino mi cabeza arrastrando con el cráneo toda la mugre de los contenedores, sintiendo el hueso y el contorno, mirando (con los ojos desorbitados, con las pestañas llenas de lechosa placenta) la tierra extraña aproximarse a las retinas, el dolor de la caída sin aviso, como un Altazor de un solo canto. Soy víctima de un zafarrancho de abandono que chilla alarmas que perforan mis oídos, que estrella sus huecos clamores en las crestas gigantes de las olas. La embarcación que no tiene esperanza es mi transporte. Soy

el ser que divisa en la inmensa marejada su hundimiento seguro. Y mientras pienso todo esto, las sílabas del destierro me retumban en la cabeza. El origen arcaico de las letras del exilio. Me remonto a las lenguas indoeuropeas, a raíces que perforan las páginas de la historia, -ul es el nodo que sostiene mis delirios, la piedra angular que construye mi mundo nuevo, mi boca que estalla en millones de aberturas, de siglos vocálicos, de sonidos cerrados... Mi boca que es la alarma del zafarrancho y el sexo del navío, boca que pare más bocas, que pare más gritos estrellados en la arena, mi boca que aviva la lágrima inocente que va ahuecando la tierra, mi boca que es la barrena y el martillo, que mastica el granito y el dinero, que escarba en la eslora para salir a otra luz, para reconocerse en otras bocas.

Yo no vine a bordo del Sinaia. Yo no soy «un niño de Morelia» ni es civil y fratricida la guerra de la que he huido. No, en esa guerra que ahora observo desde el otro lado del mundo pero que siento en el cielo de mi garganta, no hay soldados vestidos de fusiles, no hay cuerpos desgarrándose a sangre fría, no hay un tigre al que mirar con todo el odio. En esa guerra también hay un abismo entre el olivo y el hombre, pero el tigre no es un caudillo, en esa guerra no hay metralla para la trinchera, ni hay trinchera con la que defenderse, en esa guerra no existe la garra que te hiere, la herida aparece con la plaga del progreso, la gente sale a la calle masticando rosas podridas, televisores oxidados, libros de autoayuda, mensajes subliminales, dinero electrónico... sale a la calle con los ojos rojos y hundidos por la mierda que llueve de los pájaros. Yo volé expulsado de repente porque no quise contagiarme, porque quise huir de la lluvia tóxica y de la ciudad llena de zombies. Desde este rincón veo pulular hordas infames de vergüenza y de codicia, gente infectada por el mordisco de la peste. En esa guerra no muere el campesino fusilado, ni el obrero sumerge balas en su estómago de hierro, en esa guerra la muerte llega disfrazada, la muerte es nuestra amiga, nos regala prozac en un bocado, nos va quitando promesas, palabras sencillas, se mete por los oídos, por las fosas nasales, se lleva nuestra casa, mata al perro, le sesga las alas al niño, y mientras, le sonreímos, con una sonrisa flácida, porque es nuestra amiga y viene disfrazada, y así nos morimos, en esa guerra, sin darnos apenas cuenta.

No quiero ni pensar en el jardín de sus arterias inundadas de ácido muriático. Cañerías que vomitan corazones humanos en un suspiro tóxico. Árboles que anohecen con espuelas calientes clavadas en sus brazos. No quiero ni pensar en los peces que mastican mis cristales rotos, mis pasos perdidos, la piel desnuda que me sobra. Playa del Carmen es una isla entre el Caribe y la selva, es un tumor de cemento floreciendo en la marea verde del estiércol. A Playa del Carmen le nacen mares de sus letras, de un quejido celeste por la apisonadora del hombre, la ciudad es capaz de cerrarte los ojos y lamerte las legañas. Playa del Carmen es un pecho redondo que espupa lágrimas ardientes, es un sol como un jaguar que llora para calentar nuestro sueño. En Playa del Carmen la lluvia te envuelve como una placenta nueva. Es una presencia de esfera que mana la tibieza de los úteros. En su atmósfera húmeda eclosionan pezones en los labios, es natural ver raíces amarradas en los tobillos, niños que amanecen con cincuenta años, ramitas de ceiba entre unas muelas nacientes. No quiero pensar en el dolor de su parto perpetuo, en el verano eterno de su vientre. Me duele como a un hijo su batalla de linfa y de sangre. Por eso abro la boca con la inocencia de los pájaros, para tragarme su néctar maduro, para succionar la leche primigenia de su herida.

El fondo de mi alma es un geriátrico rebosante de niños jubilados. Así se fue gestando en España mi dimensión más soñadora. La que piensa con verbos subjuntivos en regar la tierra con la saliva limpia, con las alas libres y abiertas. Mis manos terminaron mugrientas de tanto aplastar larvas. El suelo estaba podrido de plumas secas, de brazos cortados, que caían del cielo sin aviso. Una vez encontré la cabeza de mi madre enterrada por la laringe, y a mi padre recolectando un tiempo sin futuro. Yo los miraba con arrugas en mis ojos. Las tejas, los ladrillos, las ventanas rotas, los microondas, los televisores, los cuerpos desahuciados, también venían a estrellarse en el jardín de mi casa. Llovían objetos, llovía carne, y a veces algún grito efímero (porque casi siempre las lenguas habían sido extirpadas). ¿Y qué hace uno en estos casos cuando se te amontona tanta basura en el jardín de tu casa? Llamé a las autoridades: a los bomberos para que desenterrasen a mi madre, a la policía pues mi padre amenazaba con comerse el reloj de la cocina, y a los basureros para que limpiaran tal desastre caído del cielo. Pero fue inútil. Las autoridades llegaron y se quedaron. Algunos se ahogaron en la piscina, otros decidieron enterrarse junto a mi madre y la mayoría agarró martillos y mazos llovidos y empezaron a derrumbar paredes y cimientos. Mi tierra era un holocausto de basura, las larvas hacían nido en las arrugas de mi frente y las plumas se adherían a mi cuerpo sudoroso que temblaba, lleno de brea, pero que estaba clavado en el suelo. Yo me quedé sin padres y sin casa. Pensando con las alas derretidas. Con el alma vieja llena de niños ahorcados. A pesar de todo, pude sacar del estómago de mi padre el reloj de cocina, que ya no marca el tiempo, pero que siempre va conmigo.

Cumplen su función como una azada que escarba a través de los tejidos terrestres, que hace el hueco para el agua y el arado. Con entidad de todo, de coloso preñado de viga y cemento. Cumplen su función, las casas cúbicas que no lastiman al aire con aristas y cuchillos ni fragmentan la gota de la lluvia. Son una imagen de la cueva necesaria y el abrigo caliente. Yo siempre veo en sus memorias esbozos de pinturas rupestres con pinceladas malagueñas que transportan a la infancia del tiempo. Veo por sus ventanas resplandores, labios que elaboran el lenguaje de la gente, palabras sencillas, pestañas por el suelo, surcos en las pieles...

Las casas cúbicas no tienen procedencia, son como lapas marinas que atracan en la roca y allí, sin preguntar nada se posan para quedarse. A veces cruzan sus puertas rostros de ojos rasgados, pieles negras como el toro zaino, cabezas rubias de pupilas marrones... y cuando entran se miran en espejos de agua que les devuelven la mirada ancestral del universo.

Dentro hay mujeres que emplean sus manos en el fruto, hay hombres barbados que arrojan lanzas a animales, hay selvas pobladas de pájaros, hay ficus que sumergen su grandeza en la boca líquida de los ríos, dentro un niño juega a rodar la piedra y una niña salta sobre las alas de su madre. Dentro hay ciénagas donde amasar el barro, hay una hoguera que calienta la hogaza e inventa sombras de bisontes. Hay lagos cálidos escondidos en las vasijas mayas del estante, paredes que responden al aplauso con un aleteo de plumas. Dentro cinco soles brillan fijos como lámparas de helio que iluminan los cristales.

Cumplen su función como los árboles. Sus cimientos son raíces

de hierro que perforan la historia, que se aferran como una mano de hiedra al abrazo caliente. Por el ladrillo corre la savia templada, sendas medulares de la arcilla. Las casas cúbicas no tienen el muro del castillo ni el metal del campanario, no tienen el adorno de la piedra ni el tapiz de la entrada, pero cumplen su función, como los árboles, como una azada que escarba el surco, y eso es sencillo, y es suficiente.

Al lado de mi casa vive un hombre cuyos dientes una vez fueron cuchillas. Para imaginarlo ataviado de tigres y bayonetas, tengo que arrastrarme por un mar sangriento, tengo que bautizar mis retinas con el napalm del verano y abrirme una herida de metralla en el sosiego del Caribe. Todas las mañanas, cuando despierto, lo veo sentado en su porche rodeado de hojas verdes, fumando su tabaco en armonía con los pájaros. Veo la música de las esferas a través de su mirada vidriosa, sus ojos lagrimean versos de Joplin y de Morrison para depurarse en los sesenta. Y a veces canta susurrando los acordes: *My only friend, the end*. Es sigiloso como su única pierna, como la media luna que anochece en su costado.

Al lado de mi casa vive un hombre, de la edad de los árboles, con la carne talada. Todos los días lo veo, en su carro eléctrico, lanzarse indefenso al horizonte, para comprar un poco de aire frío. Tiene que levantar con sus delgados brazos toneladas de recuerdos, bípedas andanzas sanguinarias, tiene que levantar un fusil invisible que escapa a mis ojos y matar hombres que no hablan su idioma. Son brazos que han abrazado una guerra y no se han derretido. Dedos que han lanzado granadas. Oídos que han soportado el rugido horrible de la muerte. Y yo estoy seguro del fracaso del olvido. Que cuando escuche el motor violento de algún coche, una imagen espantosa latirá en su corazón arrugado, y que su sangre se esparcirá espesa por sus venas oliendo a petróleo, y por un instante el vidrio de su mirada se empañará con el último aliento de algún amigo masacrado entre sus brazos.

Sus delgados brazos que una vez soportaron el peso de los cuerpos y el caliente tacto de la herida.

Me cuesta imaginar su rostro manchado de barro y de odio, la metralla dibujando cadáveres tras sus pasos. No puedo verlo sin el humo de su tabaco, sin la armonía que le envuelve en la mañana, con la lluvia de hojas verdes, con las plumas que cuelgan de sus labios.

Al lado de mi casa vive un hombre más delgado que el viento, que ha vencido al alarido en compañía de las olas y las aves.

Yo quise sentir México en mis entrañas y engullí hasta su origen. La esencia tricolor de sus comidas rompió en mí como la ola en la piel de los bañistas. El chile en nogada, el habanero, la jícama, el chipotle... conquistaron mis sentidos, y mi estómago se envolvió de un rugir de jaguares, de danzas junto al fuego, de máscaras que imitan otros soles. Una ciudad incendiada explotó bajo mis brazos cruzados y la guerra revivió en mi cuerpo: playas de Veracruz como puertos inflamables, caminos a Tenochtitlan bajo el viento abrasador de los trabucos, caballos relinchando en mi garganta, estandartes que van a la vanguardia de la muerte, y al final un grito como símbolo y epifonema del dolor. El calor de la tierra burbujeando en los soles emergidos del vientre. La herida del escorpión que te sumerge en un sueño precoz de labios blandos. Quise sentir México en mis entrañas y me derramé sobre sus tierras junto a la sangre del herido. Las flechas entraron por mi abdomen y abrieron caños de agua, cenotes que ahuecan e inundan las vísceras calizas. En mi ombligo se agolpaban las lagunas y las charcas, trajineras clavaban sus largos palos en mi estómago y las antorchas crepitaban en mis tripas como guirnaldas celestiales. Yo quise sentir México en mis entrañas como aquel dios del lienzo negro y parí un océano de origen y ceniza.

Hay desiertos que habitan en las lenguas de los perros. Yo los veo caminar por las aceras lamiendo la sangre seca que traspira el asfalto. La ciudad pare jaurías en algún lugar de sus resquicios y los lanza al mundo para que arrastren sus hocicos lijados por las olas. La ciudad arde en un lienzo de sombras imposibles, se escuchan los suspiros que explotan en el aire como géiseres, y la sed va cauterizando unos labios hundidos en los crisoles negros de la tierra.

Aquí en Playa del Carmen el perro imita a los humanos. Con la bendición de Dios procrean y procrean sin reparar en la miseria. Se acatan las órdenes papales ya sean ladridos o palabras. Llueven de la atmósfera, y ante una ausencia de paraguas, las pieles las absorben al instante. Como un designio de estos cielos tan celestes, los cubos de basura son cantera comestible igual para una mano que para unas fauces, bálsamo para el llanto de hambre y para el macilento aullido.

Allá van los perros con sus patas truncadas arando surcos con la carne. Deslumbrados por los coches que esquivan como disparos de vértigo, con la mirada perdida en el poder de la lámpara que ciega. Yo los he visto correr espantados por la nada luminosa, abalanzarse sobre el charco de la calle para empapar los callos de sus bocas y embestir el caucho redondo de una rueda. Tan sólo para calmar el desaliento, para irrigar de barro el desierto de sus venas pueden desafiar la maciza ligereza de la muerte, y romper sus huesos y aplastarlos, como equilibristas ciegos, para hacer surcos y clavarse el yugo sangriento de los limbos.

Déjenlos que no sean perfectos. Dejen que la Verdad con v mayúscula se escurra entre los dedos del pensamiento, como un libro en el centro del estómago. Dejen que el ajedrez se hunda con sus reyes del mercado, con sus torres del progreso, que el alfil mastique níquel en su recta de madera y el peón no empiece la guerra fría por un cuadrilátero. Dejen que unos párpados se abran para descubrir amaneceres, que los hombres caminen con alas, sin gobiernos, sin ojos triangulares que calculen sus trayectorias. Dejen que lean un libro para que todo sea tan infinito como el círculo, más imperfecto que cualquier visión eleusiana.

Antes de partir a México soñé con un incendio. Una hoguera inmensa en una calle se levantaba por encima de los áticos, las lenguas de fuego devoraban a las aves que vomitaban su dolor en un chillido insufrible. Por el cielo ardían guirnaldas y se desplomaban altavoces y cables calcinados. Los coches quedaron anclados en el alquitrán derretido. Un clamor de cláxones reventaba los tímpanos. Había niños que sangraban auriculares por los oídos, había gafas de Armani enquistadas en los ojos, padres sudando gomina, un mar de rímel camuflado en el asfalto, piernas mutiladas con tacones adosados a los huesos. La gente estornudaba plumas y ceniza. De repente, no sé por qué, todos quedaron en silencio. Una calma absoluta iluminaba el crepitar de las llamas hasta que una Voz estalló del vacío y comenzó a recitar números, cuentas, valores bursátiles, estadísticas de consumo, primas de riesgo, tipos de interés, porcentajes de bolsa,

ibex, nasdac... y toda la jauría humana respondió con sonoro júbilo, aullaron exactamente lo mismo que la Voz, repetían las mismas cifras que la Voz, los conductores encendían sus radios para oír a la Voz, los niños que no sabían hablar pronunciaron sus primeras palabras con la Voz, las madres cantaban nanas económicas cantadas por la Voz, se jugaba a la rayuela al son de la Voz, y era la Voz la enseñanza en la pizarra electrónica, en la palabra matemática del maestro, y hasta en la noche, el sueño era tan perfecto como los decibelios medidos de la Voz.

Las enormes llamaradas burbujeaban en mis ojos. Yo contemplaba atónito el espectáculo. Las gentes del gobierno se abalanzaban hacia el fuego sumidos en el éxtasis de la Voz. Bailaban, bebían vino y se reían a carcajadas mientras repetían felices la cantinela numérica que se respiraba en la atmósfera. Los diputados y ministros babeaban en sus copas viendo el contoneo de los cuerpos desnudos. Los vestidos de Versache rodaban por los suelos, las sortijas, los relojes de 3000 euros, caían como panfletos sobre los escombros de la acera. Las ministras en un acto de cordura colectiva comenzaron a masticar cajas registradoras, billetes de 500 euros, dinero electrónico, monedas de plata y de níquel. Las encías les chorreaban un líquido azul rojizo, la sangre de Nerón ardía por todos aquellos labios pintados. También acudió el presidente que jaleó a sus vástagos para que continuara la fiesta perfecta. La colosal hoguera, subvencionada con dinero público, era por la celebración de una reforma del Ministerio de Cultura, el símbolo del poder forjado a fuego en el corazón de la metrópoli. La urbe cimentada en la palabra Verdadera de la Voz.

Mientras todos bailaban desnudos al son del alegre capital, a través de las calles incendiadas llegó un tráiler que descargó toneladas de libros para alimentar la llama. Incunables, manuscritos, facsímiles, colecciones completas, libros de bolsillo, de tapa dura, blanda, ediciones únicas y de lujo. Todo ardía al alegre son del capital. Mi sueño se terminó cuando voló hacia mis manos una página superviviente en la que podía leerse:

LA GUERRA ES PAZ
LA LIBERTAD LA ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES LA FUERZA

Ahora estoy despierto y escribo sobre este sueño desde mi rincón exiliado. En esta parte del mundo puedo observar el tablero desde múltiples perspectivas y en todas las escalas. Desde México no escucho la Voz pero me duele el incendio. No estoy al pie de la calle pero mi cuerpo arde con cada llama de memoria y con la perfecta hoguera del presente.

No sé lo que deparará esta iluminación de ceniza en el ocaso. Se me parece al ojo del gigante en el abismo, a la luna vomitando en la alcantarilla: España sigue siendo el pus en el lomo del magnate, una desierta algarabía empapada con traición en la palabra. Ayer volví de México adornado de esas sujetas en mi oído, y encontré el estridente bucle, el circuito azul de una sangre que no sale de su cauce, que no estalla ni en la boca del progreso, porque es el chorro de la fuente medieval, el jardín abandonado, es la espada en el hombro y el fuero sin sentido, el diezmo del fracaso, la cruz dorada en la cumbre del desagüe.

En una playa de Málaga nace una arteria que viaja a través del Atlántico para unirse a mi cuerpo. Once horas de sendas de sangre que vienen a mezclarse con una arena del color de la espuma. Hoy escribo desde México, con una herida que separa dos regiones. Hoy veo las olas romper contra los espigones de mi carne frente a una selva del otro costado. Hoy, como Garfias, pienso en el «delgado junco» y en un exilio que bombea el corazón a golpe de ondas saladas. Hoy hace un año que me comí mis vísceras en México, que me enfundé una máscara de jade, que tropecé con rocas ígneas de basalto, que caminé por calendarios circulares hasta quedarme sin conocimiento. Hoy he despertado después de siete días, y escribo rodeado de jaguares que veneran las órbitas de mis ojos. Hoy soy un cuerpo aislado, soy una isla desierta que proyecta sombras de España y Zaratustra.

Hoy me veo un hombre mudo disputándole mi lengua a una paloma. Hoy, mientras escribo, la arteria atlántica vomita miles de españoles gritando por las calles. España se desangra amargamente, se ahoga en la sangre azul que gangrena sus órganos. La herida del progreso mana chorros circulares. Sangre que fluye leucémica por los mismos caminos. España es un feto de tinieblas que lleva siglos intentando reventar sin jamás lograrlo. Es un engendro que nunca para de nacer pero que sigue nonato dentro del útero. España, ¿por qué no revientas de una vez en tu círculo infinito! ¿Por qué no limpias el ciclo de tu sangre con alguna herida nueva!

Hoy he caminado todo el día sin pisar ni un banco, ni un supermercado, ni una farmacia. Hoy he transitado como hace millones de lustros. Depurando mi frente en cenotes cristalinos, con el cuerpo desnudo bañándose en el aire. Hoy he vuelto al cuarto sol y he visto mi boca reflejada en otros peces. Hoy me he adentrado en las casas cúbicas, humildes de sobrio cemento y me han parecido catedrales. Hoy la sorpresa anida en mis ojos como una mirada recién hecha, y México me abraza con sus ramas primitivas, me da el calor de una madre primigenia. Hoy puedo volar como el zopilote sin estrellar mi fantasía en la carroña.

CANCIÓN DEL EXILIADO

A todos los hombres y mujeres españoles que
se han visto obligados a abandonar una España
sumida en la miseria

El fuego de mi mano es el exilio,
soles que aprisiono y lanzo al aire.
La vida arde alrededor
de los caminos olvidados,
arde y es un sueño que en su canto
petrifica presagios en los puertos.

A veces soplo desde lejos,
con el viento que vuela en la palabra
pero aquellos astros permanecen
como el párpado abierto de la tarde,
a veces, siempre desde lejos,
reflejamos los ojos en dioses ya caídos,
cavamos tumbas en los úteros
con los dientes podridos de recuerdos
y sangramos la luz del mar por la retina.

Tengo en los dedos
la piedra que tocaste,
tengo incrustado en mi cerebro
el mármol que esculpe una mirada.
Y no se apaga el roce.
La memoria es el alma de un perro
que ladra a medianoche.

Cavamos en el alba, más profundo,
necesito una mano cóncava
y una pala de palabras de tierra.
Cavamos con la mano iluminada
en lejanía, con las sogas sucias
palpitando en los cuellos del futuro.
¡Oíd cómo el canario revienta nuestros tímpanos!

El fuego de este vientre es el exilio,
la fosa que se llena con la luz encendida
y un viaje.

El parto prematuro de los barcos
y el delirio absurdo en el pañuelo.

He visto a mis dedos acariciar tu ombligo,
el círculo suspira espirales de memoria.
He rodeado una vida con mi lengua
y tengo frío.

Hay nieve en las arterias del silencio,
palabras vaciadas de organismos,
pájaros muertos
coagulados en los labios de la gente.

Veo la voz que se derrite en alaridos,
bocas como un madero que imita al horizonte
arden y son los astros de mis manos,
que se pierden en simas de recuerdos.

A veces, desde lejos, un navío navega por mis ojos,
y ordena el zafarrancho de la mente.
Necesito otra herida para limpiar mi cuerpo.
¡Escuchad esta sangre que pide a gritos
abandonar su esfera!

¡Escuchad a este hombre que con cuchillos blandos
hiere su carne
en las trincheras del exilio!